

CIVILIZACION Y BARBARIE EN LA HISTORIA DE LA CIENCIA ARGENTINA

APORTES HERMENEUTICOS PARA UNA NUEVA COMPRESION DE LA HISTORIA DE LA CIENCIA ARGENTINA

Por J. R. SEIBOLD (Observatorio Nac. de Física Cósmica, San Miguel)

¡Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte para que, sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones internas que desgarran las entrañas de un noble pueblo! Tú posees el secreto, ¡revélanoslo! Diez años aún después de tu trágica muerte, el hombre de las ciudades y el gaucho de los llanos argentinos, al tomar diversos senderos en el desierto decían: “¡No! ¡No ha muerto! ¡Vive aún! ¡El vendrá!”¹.

A no pocos les parecerá extraño que encabecemos con esta invocación al espíritu de Facundo este estudio sobre la Historia de la Ciencia Argentina. Y más aún de que hablemos de “civilización y barbarie” en dicha historia². No cabe duda alguna de que la misma Historia Argentina ha sufrido en los últimos años un proceso de revisión, que superando el simple plano polémico se ha establecido sobre la roca firme de nuevas verdades que ciertamente han trastocado buena parte, si no el todo, de la historia “establecida” y “fijada” por la historiografía liberal. Aunque los logros han sido numerosos no puede decirse que la tarea se haya terminado. En el campo de la Historia de la Ciencia Argentina queda prácticamente todo por hacer. En este ensayo señalaremos las principales características de la interpretación “cuasi-oficial” de la Historia de la Ciencia Argentina, que a nuestro entender, está encuadrada por las categorías sarmientinas de *Civilización y*

¹ D. F. Sarmiento, *Obras*, Tomo VII, “Civilización y barbarie”, Buenos Aires, 1896, p. 7.

² Reconocemos la inspiración inmediata en la elección del título de nuestro ensayo a la obra de Fermín Chávez, *Civilización y barbarie en la historia de la cultura argentina*, Theoria, Buenos Aires, 1974, y con la cual también compartimos su espíritu.

Barbarie. De ahí la razón del título. Por otro lado, se nos abre como tarea urgente la necesidad de cambiar desde la raíz el cuadro y las categorías interpretativas de la Historia de la Ciencia Argentina en orden a recobrar el genuino sentido de nuestra ciencia y proyectarla con vigor en nuestro actual y futuro panorama geo-político. De ahí la razón del subtítulo. En una palabra, lo que intentamos aquí no es primariamente invalidar algunos hechos científicos del pasado o incluir otros no tenidos en cuenta a fin de hacer resaltar tal o cual aspecto. Se trata, más bien, de llegar a una nueva comprensión de lo científico en el ámbito nacional. Se trata de “descubrir” lo que está “oculto”, ya por estar “no-manifestado”, ya por estar “mal-manifestado”. De ahí nuestra invocación a Facundo. El posee el Secreto, él puede revelárnoslo. ¡El no ha muerto! ¡El vive en *el pueblo* y vendrá!

I. LA VERSION “CUASI-OFICIAL” DE LA HISTORIA DE LA CIENCIA ARGENTINA

Nuestro análisis tomará como referencia la obra del Ing. José Babini titulada “La Ciencia en la Argentina”³. Allí se caracterizan las diversas etapas de la ciencia argentina, como así también sus más notables representantes. La obra comprende cuatro capítulos dedicados a la ciencia en la Colonia, en la Independencia, en la “Organización Nacional” y en el siglo XX. Hagamos una rápida reseña de las principales conclusiones de Babini en estos cuatro períodos de la Historia de la Ciencia Argentina.

En el *período Colonial*, concluye Babini, “si se concibe la cien-

³ José Babini, *La ciencia en la Argentina*, Eudeba, Buenos Aires, 1963. Babini es actualmente la persona más destacada en problemas relacionados a historia de la ciencia dentro de nuestro panorama argentino evidenciable a través de gran cantidad de publicaciones. En relación a nuestro tema publicó anteriormente “La investigación científica en la Argentina” en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Tercera época, Tomo II, Buenos Aires, 1944. Más tarde amplió este ensayo en forma de libro bajo el nombre de *Historia de la ciencia argentina*, Colección Tierra Firme, Fondo de Cultura Económica, México, 1949. Luego hizo otra edición reformada bajo el nombre *La evolución del pensamiento científico en la Argentina*, La Fragua, Buenos Aires, 1954. La edición que aquí comentamos, aunque más reducida no difiere fundamentalmente de estas dos ediciones anteriores, aunque pueden sin embargo detectarse cambios significativos, como en su oportunidad veremos.

cia como actividad creadora o como labor orgánica y organizada, la Argentina *no cobija prácticamente actividad científica alguna*. Mas, si se acepta un sentido menos restringido, pueden señalarse *unas pocas manifestaciones* de índole científica: son algunos esfuerzos individuales ponderables; así como cierta preocupación colectiva por la difusión de la enseñanza y cierto ambiente científico incipiente que se advierte al trasponerse el siglo, pero que el *absolutismo político* y las *invasiones inglesas* pronto desvanecen” (pp. 15/16, el subrayado es nuestro).

En el *período de la Independencia* y, más precisamente, después de la Revolución de Mayo, se produce un cambio y, como dice Babini, “sin duda a consecuencia de la *‘feliz revolución en las ideas’* que según Moreno había producido ese movimiento. Se advierte así en el ambiente y en los poderes públicos claras intenciones en favor de un decidido apoyo y protección de las ciencias” (p. 17). Pero recién es con *Rivadavia* que se inicia “una nueva etapa de la vida científica argentina que culmina con la creación de la Universidad de Buenos Aires, etapa que, breve y efímera como fue, constituyó, sin duda, *la más brillante de la primera mitad del siglo XIX*” (p. 17). Dentro de este mismo período Babini incluye la época de Rosas donde “*la enseñanza y las actividades científicas declinaron*” (p. 30). En esa época el “*estado de la enseñanza en el país fue lamentable*” (p. 30), y en cuanto “a las actividades científicas, que en los escasos años de la época de Rivadavia habían manifestado un comienzo de organización, *decaen* y durante un largo período de más de veinte años sólo cabe señalar *algunas manifestaciones, esporádicas e inconexas*, en los campos de la sociología, de la historia y de las ciencias naturales” (p. 31). Para Babini lo más rescatable de esa época es la llamada “*generación del 37*” con Echeverría, Gutiérrez, Alberdi, Sarmiento y cuyo ideario tendrá gran influencia sobre las generaciones posteriores de la organización nacional. En fin, concluye Babini, “con la caída de Rosas se cierra un ciclo de la vida cultural argentina, ciclo cuyos signos precursores pueden verse en las gestiones de un virrey progresista (De Vértiz), pero que se abre con el grito de la Revolución y culmina con la acción de un presidente ilustrado (Rivadavia), cuando una nueva Argentina despierta y dirige sus mira-

das hacia la "iluminada Europa" con ansias de incorporar a su seno los beneficios de la "ilustración" y los "progresos del conocimiento", y cuando por vez primera vientos europeos traen a la Argentina una leve corriente científica. Pero la debilidad del esfuerzo sucumbe ante las condiciones políticas adversas, y al finalizar el primer tercio del siglo las actividades culturales declinan y las instituciones científicas se aletargan. En la Argentina de entonces, sus dos universidades, su museo, su biblioteca, yacen muertos, inertes, y, mientras algunos naturalistas europeos recorren su suelo como aves de paso, un naturalista francés (Bonpland) cuida su jardín en un rincón correntino y un naturalista argentino (Muñiz) desentierra fósiles en las barrancas del Lu-ján" (pp. 39/40).

El tercer período de la *Historia de la Ciencia Argentina* es el llamado de la Organización Nacional. Como dice Babini, "después de Caseros, pero sobre todo después de Pavón, se inició en la Argentina una nueva etapa en su evolución, etapa en la que la enseñanza, y en parte también la ciencia, adquirió los caracteres de la organización actual" (p. 41). Es así que "el nuevo espíritu que animó a los hombres que dirigieron la cultura del país después de Caseros, se hizo sentir de inmediato en la Universidad de Buenos Aires..." (p. 44), especialmente gracias a la obra de Juan María Gutiérrez, su Rector desde 1861 hasta 1874, "genuino representante del liberalismo constructor de la época" (p. 45). Pero esa labor no se circunscribe al ámbito de Buenos Aires. En 1856 se nacionaliza la Universidad de Córdoba y bajo la presidencia de Sarmiento las ciencias naturales irrumpen en esa Casa de Estudios tratando de quebrar su estructura tradicional. Por esos años se funda también la "Academia de Ciencias de Córdoba", como así también en Buenos Aires la "Sociedad Científica Argentina". Se organizan rápidamente y definitivamente las ciencias naturales con hombres de la relevancia de Burmeister, Francisco P. Moreno, Ameghino y Holmberg, la astronomía con la fundación del Observatorio Astronómico de Córdoba por iniciativa de Sarmiento y cuyo primer director fuera el astrónomo estadounidense Benjamín Gould. En esta época también reciben impulso otras ciencias como las geográficas, las médicas, jurídicas y también las históricas,

donde sobresale eminentemente la presencia de Mitre, quien "escrutó ese pasado argentino en forma erudita y con criterio científico..." (p. 70), como así también Vicente F. López. Igualmente comienza a desarrollarse la Sociología como disciplina científica. Sin embargo, al decir de Babini, "a partir del 90 y durante otras tres décadas aproximadamente, este florecimiento científico, cuyo clima se produjo en plena presidencia de Sarmiento, desvanece y la *ciencia pura sufre un estancamiento*, vale decir un retroceso, que se refleja en numerosos síntomas: las instituciones científicas y universitarias vegetan, sus publicaciones merman, la Sociedad Científica Argentina no logra publicar los trabajos del Congreso Científico que había organizado con motivo del Centenario, Ameghino desalentado piensa abandonar la Dirección del Museo de Buenos Aires... y si el Observatorio de Córdoba no se resintió mayormente en esa época crítica fue debido a los compromisos internacionales previamente contraídos. Mas ese estancamiento en las actividades de la ciencia pura mostró un contraste sintomático con el *impulso* que, en la misma época, dio nacimiento a instituciones y publicaciones *en el campo de la economía y de la técnica*" (p. 74). Babini afirma un poco más adelante que "este contraste entre una *ciencia pura estancada y en decadencia* y una *técnica en plena actividad y florecimiento*, es el síntoma revelador de la llamada "crisis del 90" en el campo del pensamiento científico" (p. 75). Y aclara a continuación que esa crisis, interpretada como "crisis del progreso", "puso de manifiesto cómo en pos de un afán utilitario y de un interés material y al compás de un aluvión inmigratorio creciente, las actividades técnicas y económicas se impusieron y absorbieron las actividades intelectuales, posponiendo toda preocupación hacia la ciencia pura y trabando toda iniciativa en favor de las investigaciones desinteresadas. Se cayó en el error de adoptar y absorber las aplicaciones de la ciencia antes que la ciencia misma, sin advertir que detrás del excitante esplendor del progreso industrial y técnico se oculta ineludiblemente el trabajo puro y desinteresado, que en medida decisiva contribuye a aquel progreso. Esta postura frente a la ciencia, característica de la segunda mitad de este período, se modificará a mediados de la segunda década de este siglo" (pp. 75/76).

El cuarto período de la *Historia de la Ciencia Argentina* comienza a mediados de la segunda década de este siglo. Babini confiesa que “no es fácil precisar cuáles fueron las causas que modificaron el panorama científico argentino...” (p. 77). Con todo, señala algunos sucesos contemporáneos como ser el advenimiento del radicalismo al poder en 1916, la repercusión de la Primera Guerra Mundial y de la revolución rusa. Estos hechos influyeron en el movimiento de la Reforma Universitaria de 1918. Para Babini el Movimiento del 18 “fue síntoma o impulso de una nueva tónica, de un afán de renovación, al abrigo del cual la ciencia argentina adquirió nuevos bríos y un renovado vigor” (p. 78). Un poco más adelante Babini, después de reseñar la creación de nuevas universidades en diversas épocas y la acción de diversas instituciones de promoción científica, agrega también “como factores generales estimulantes del progreso de la ciencia, en este período, el *intercambio cultural* y el *apoyo oficial*” (p. 81). Respecto a este “apoyo oficial” a la promoción científica hay un historial que culmina “con la creación, a comienzos de 1958, del actual Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas que cumple su misión mediante el otorgamiento de subsidios y de becas internas y externas y que en 1960 organizó la Carrera del Investigador Científico” (p. 82). Babini termina la caracterización de este último período que llega hasta 1960 aproximadamente, reseñando brevemente los rasgos más característicos del estado de otras ciencias como son las matemáticas, las físico-químicas, las astronómicas, las geofísicas, geográficas, biológicas, naturales en sentido estricto como así también las culturales (véase pp. 82/96).

En resumen, podemos sintetizar estos cuatro períodos por un diagrama de niveles donde al período colonial le corresponde un mínimo, ya que la actividad científica es prácticamente nula o donde se advierte “cierto ambiente científico incipiente” pero que el “absolutismo político y las invasiones inglesas pronto desvanecerán”. La Revolución de Mayo con su “feliz revolución de ideas” introduce una pendiente positiva en el diagrama que culminará en un máximo en el gobierno de Rivadavia, cuya política posibilitó la concreción de la etapa científica “más brillante de la primera mitad del siglo XIX”. Con el advenimiento de Rosas se pro-

duce una pendiente negativa que se convierte en otro mínimo debido a que tanto la enseñanza como las actividades científicas decaen lamentablemente. La influencia positiva de la generación del 37 y de alguno que otro científico no logra salvar la decadencia generalizada de esta última etapa. Esta situación cambia después de Caseros y drásticamente después de Pavón, tornándose a una pendiente positiva que alcanza un nuevo máximo hacia el 80, superándose el nivel alcanzado en el tiempo de Rivadavia. Estos altos niveles son producto de la organización nacional y de la política liberal en ella sostenida. Sin embargo, se produce una crisis en las Ciencias Puras hacia el 90 como signo de la “crisis del progreso” y comienzan a decaer mientras se produce un incremento de la técnica que entra en una etapa de plena actividad y florecimiento. Esta situación ambivalente proseguirá hasta la segunda década de este siglo donde se modificará decisivamente la situación tornándose a una curva de alto nivel ascendente en el diagrama de la ciencia argentina. La pendiente positiva coincide con el surgimiento del Radicalismo en el poder, que, junto con causas externas (guerra mundial europea y revolución rusa), influyen en la Reforma Universitaria del 18 que fue “síntoma o impulso de una nueva tónica... al abrigo de la cual la ciencia argentina adquirió nuevos bríos y renovado vigor”. El diagrama desde el 30 hasta el 55 no puede seguirse claramente. Da la impresión de que se produce un bajón. Sin embargo, después del 55 se inicia otra etapa ascendente que culmina con la creación del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Hasta aquí el pensamiento de Babini tal cual aparece en su libro sobre la Ciencia en la Argentina.

II. EL PUEBLO COMO NUEVO HORIZONTE HERMENEUTICO DE COMPRESION

Al apreciar en su conjunto esta obra se percibe inmediatamente que Babini no hace una mera “historia de las ideas científicas” tal como se dieron en nuestro país, ni tampoco una mera “historia de los hombres” que hicieron ciencia, como si la ciencia fuera un ámbito separado de la realidad del país y donde

unas ideas científicas o hechos científicos determinan la aparición de otras ideas o hechos científicos en constante progreso sin ninguna connotación con el país real en su dimensión política, social y económica. Nuestro análisis ha mostrado cómo Babini ha intentado hacer una historia de la ciencia argentina íntimamente ligada a los proyectos políticos que han determinado la vida colonial, la vida de la independencia, de la época rosista, de la "organización nacional" y de la etapa radical hasta nuestros días, pasando fugazmente por la etapa conservadora y peronista. Este es el valor intrínseco de la obra de Babini, independientemente de si estamos de acuerdo o no con la valoración que dicha interpretación le ha asignado.

Sin embargo el problema de la interpretación y la consiguiente valoración de la historia de la Ciencia Argentina es de crucial importancia y de ningún modo puede ser soslayado. En última instancia esto es lo que está en juego. Se podrá discordar sobre este o aquel aspecto científico exaltado u omitido, sobre el rol que cumplió tal o cual científico o tal obra en la historia de la ciencia argentina. Eso es muy natural y no produce mayores alteraciones que las producidas al cambiar una pieza en un juego de ajedrez. Es un hecho empírico. Distinta cosa sucede cuando se quiere alterar todo el juego. Ya no se trata de cambiar tal o cual pieza sino de alterar la misma interpretación del juego, sus reglas y normas. Y esto es lo que pasa con la interpretación de la historia de la ciencia argentina. Babini ha hecho una interpretación. De eso no cabe ninguna duda. La interpretación de Babini está basada fundamentalmente en una comprensión liberal de la historia argentina. Esta historia liberal es como la matriz donde han sido puestos los hechos científicos, recibiendo de ella su propia connotación. Resulta así una historia liberal de la ciencia argentina. Si nos adentramos en la comprensión profunda de esta interpretación liberal veremos que el horizonte hermenéutico básico de comprensión brota de una lógica binaria fundamentada en los conceptos sarmientinos de civilización y barbarie. Dentro de esa lógica, ¿qué es civilización? Es todo lo que sigue al concepto racionalista e ilustrado de progreso tal como lo entendió crudamente el siglo XIX. ¿Qué es barbarie? Es todo lo que se le opone tal

como es expresado por el medioevo "oscurantista", la España "absolutista" y el caudillismo criollo. Esta lógica acuñada en la modernidad europea ha sido asumida explícitamente por el pensamiento liberal. Lógica basada en una racionalidad sin otro fundamento que ella misma. Racionalidad descarnada del hombre y del pueblo. Es la racionalidad de la "civilización" y por lo tanto de las "élites". Estas son su única encarnación y que se hace rostro en algunos "númenes" como Moreno, Rivadavia, Mitre, Sarmiento. Lo demás es "barbarie" y que para esta lógica europea también tiene sus encarnaciones en un Facundo, en el gaucho de las pampas, o también en períodos de nuestra historia como son el "colonial", el "rosista", el "peronista". Esta lógica binaria lleva a juzgar los períodos históricos con verdadera parcialidad viciando desde el principio la interpretación y valoración de la ciencia en esos períodos. El período virreinal (Babini lo llama "colonial" tergiversando completamente su valoración) tiene una dinámica propia con su respectivo proyecto que no se lo puede "comparar" sin más con los proyectos de la racionalidad científica. Una experiencia esclarecedora fue la de los Jesuitas que en 1762 recomendaban en su Congregación Provincial XVI la institución de una cátedra de matemáticas aduciendo entre otras razones "que esta asignatura tiene particular importancia en estas Provincias de las Indias y en ésta del Paraguay, ya que los misioneros que no saben matemáticas están en peligro de perderse en estas regiones inconmensurables y de desconocidos ríos... y porque las artes mecánicas, que forman parte de las matemáticas, tienen gran atingencia con la fundación de nuevos pueblos de indios, como se deduce de la arquitectura, de la industria de las maderas y de la hidrotécnica"⁴. Este hecho pequeño en sí e ignorado por la historiografía liberal ¿no muestra la intrincada correlación entre ciencia y proyecto virreinal? Acaso ¿no tiene más valor que otras realizaciones científicas que han girado sobre sí mismas o, lo que es peor, han estado concebidas y realizadas al

⁴ Documentos de la Congregación Provincial Nº 16, Córdoba, octubre de 1762, Archivo de la Provincia Argentina de la Compañía de Jesús. Citado por G. Furlong en *Historia social y cultural del Río de la Plata (1536-1810)*, *El trasplante cultural: ciencia*, Tea, Buenos Aires, 1969, p. 434.

servicio de otros intereses que no son precisamente los del país? No bastan los índices cuantitativos de la existencia de obras, científicos, organizaciones e instituciones científicas para denotar que una época es progresista en el sentido pleno de la palabra. El sentido y el valor no lo puede dar la misma ciencia sino el hombre que hace ciencia y en última instancia el pueblo que labra con su trabajo su destino.

Todo esto nos induce a cambiar radicalmente el horizonte hermenéutico para comprender y valorar la historia de la ciencia argentina. Este horizonte no puede salir de una lógica dominada por la diada *civilización y barbarie* acuñada por el pensamiento liberal. Nuestros parámetros de valoración no pueden ser el progreso ilustrado ni la racionalidad descarnada. Por lo tanto proponemos como nuevo horizonte, o mejor dicho, como nueva realidad hermenéutica desde la que puede ser comprendida la historia de la ciencia argentina, a *nuestro pueblo*.

Este pueblo es el que toma rostro en estas tierras de las Indias en los comienzos mismos de la Conquista, en los siglos de la organización virreinal, que está presente y acompaña con su proyecto popular la lucha por la independencia, que se nuclea alrededor de los Caudillos en orden a una Patria Grande y Federal, que resiste estoicamente a todos los proyectos de dominación elaborados por minorías "ilustradas" y "mercantilistas" en connivencia con potencias imperiales. Es el mismo pueblo que luego apoyará a Yrigoyen y a Perón. Pueblo polifacético pero único, ejeado en su memoria histórica más allá de sus contradicciones, por una *conciencia*, una *personalidad* y una *organización social*, que se va vertebrando en grados más y más avanzados, a pesar de las estructuras de dominación a las que siempre se ve asaltado⁵. Es este pueblo el que tiene que poner en la probeta a la ciencia

⁵ J. R. Seibold, "El Pueblo como sujeto, norma y destinatario del trabajo científico y tecnológico", *Ciencia Nueva*, Año III, N° 28, Noviembre 1973, Buenos Aires, pp. 5-8. En este ensayo presentado previamente en el XV Congreso Mundial de Filosofía en Varna (Bulgaria), septiembre de 1973, dábamos la siguiente delimitación de Pueblo: "Cuando decimos *pueblo* pensamos en una configuración humana moldeada histórica y telúricamente y que tiene, a pesar de estar sometida a una estructura de dominación imperial, una *conciencia social* de su propia dignidad, una *personalidad social* por la cual siente, piensa y obra de acuerdo a un proyecto implícito o explícito de Liberación y una *organización social* que le permite viabilizar

y no lo contrario. La ciencia no es ninguna realidad "en sí". No es la "totalidad" en quien las partes deben encontrar su sentido. La "verdad científica" ya no es sinónimo de "verdad" a secas, por más respetable que sea. La hegemonía totalizadora de la ciencia se ha quebrado al igual que el pensamiento de la Modernidad que le servía de fundamento⁶. Hoy comenzamos a vislumbrar con cierta claridad (aunque todavía esté oscuro a muchos científicos) que la ciencia, al igual que cualquier otra actividad cultural, tiene que ser *protagonizada por el pueblo, normada por el Pueblo y orientada hacia el Pueblo*⁷. Ya decía el general Perón en 1952, con motivo de la inauguración de la Universidad Obrera Nacional, que "*la Ciencia y la Cultura deben servir a las virtudes de los hombres y de los Pueblos, si no serán mal empleadas...* Lo que nosotros queremos, en esta Nueva Argentina, es que la *Ciencia y la Cultura sean del Pueblo*, y que el pueblo esté formado por hombres que aman a los hombres y no que preparan su destrucción o su desgracia... Cuando la *Cultura y la Ciencia*, instrumentos maravillosos de la humanidad, estén al servicio del bien, manejadas por hombres buenos y prudentes, recién podremos decir que *la Ciencia y la Cultura son elementos positivos y no negativos de la humanidad*. Y esto no será posible ni realizable hasta que la *Ciencia y la Cultura estén en manos del pueblo y solamente del pueblo*. Por esta razón nosotros, en nuestros planes de gobierno, luchamos por una *Ciencia y una Cultura populares*. No podemos decir que un país sea culto ni tenga gran adelanto en su ciencia porque cuenta con tres, cuatro o diez sabios y hombres cultos, mientras el resto es mudo y torpe rebaño de ignorantes. La cultura del pueblo está en que aun cuando no poseamos ningún sabio ni ningún hombre extraordinariamente culto, tengamos una masa popular de una cultura aceptable. Por eso hemos establecido entre nuestros objetivos, que *tanto la Cultura como la Ciencia son elementos al servicio del pueblo y esgrimidos por las manos del pueblo*"⁸.

dicho proyecto". Esta definición es, con algunas modificaciones, la definición de *pueblo* como contrapuesta a *masa* dada por J. D. Perón en *Conducción política* y por Eva Perón en *Historia del peronismo*.

⁶ Idem, p. 5.

⁷ Idem, pp. 5-8.

Esta concepción está en las antípodas de la concepción liberal y propone al pueblo como nueva realidad hermenéutica para juzgar el valor mismo de la ciencia. Se presenta una concepción de la verdad y del bien donde ambas están íntimamente relacionadas. No hay verdad sin bien y no hay bien sin verdad, por eso toda búsqueda de la verdad conduce sin contradicción a la virtud. Pero este proceso no se da en abstracto. No se da en la mente "ilustrada" que ha producido esta separación entre bien y verdad, propia por otra parte de todo el pensamiento de la Modernidad europea donde "nació" la ciencia. Ese proceso se da en el pueblo que no ha sufrido el descalabro epistemológico de la Modernidad y que por lo tanto mantiene todavía unido, verdad y bien. De ahí emerge una ciencia y una cultura popular porque ellas están en las manos del pueblo. El que la ciencia y la cultura esté en las manos del pueblo garantiza de que no se produzca el divorcio entre verdad y bien y que los logros de la ciencia no sean puestos en definitiva en contra del mismo pueblo. Esto no significa que todo el pueblo sea científico sino que el científico sea un hombre del pueblo. Es decir que sea un hombre que haya evitado o haya superado la ruptura epistemológica entre verdad y bien, entre pensar y obrar. No se trata ya de separar Ciencia de Cultura. La Ciencia en esta visión ya no es la "episteme" y la Cultura el "ethos" como si fueran dos dominios separados. Ambos están unidos, considerados en las manos del pueblo y al servicio del pueblo. La ciencia no es sólo "episteme" sino también es "bien" y la cultura no es sólo "ethos" sino también es "conocimiento y verdad". Ambos son manifestaciones del mismo pueblo. Esta ciencia del pueblo no es una ciencia de tercera o cuarta categoría como se la podría considerar peyorativamente. No es una "ciencia popular" del tipo de divulgación, ni es sinónimo de tecnología o ciencia aplicada, como tam-

⁸ J. D. Perón, discurso al inaugurarse la Universidad Obrera Nacional el 8 de octubre de 1952. Este discurso merecería transcribirse íntegro. Es sin lugar a dudas la expresión más medular del pensamiento de Perón respecto a la ciencia y el pueblo. Allí se expone sin rodeos la concepción de que "el fin de la ciencia y el fin de la cultura es la virtud". Por eso al terminar el discurso da una directiva de muy pocas palabras: "Tenemos que formar primero *hombres buenos y del pueblo*. En segundo lugar, *trabajadores*, sobre todas las demás cosas. Y, en tercer lugar, formar *hombres patriotas que sueñen con una Nueva Argentina en manos del pueblo para labrar la grandeza de la patria y la felicidad de ese mismo pueblo*".

poco implica desprecio por la investigación básica. Esta ciencia del pueblo es del más alto nivel, llámese sector básico, aplicado o tecnológico. Esta ciencia del pueblo asimila dialécticamente los logros de la ciencia ilustrada superándola plenamente. Entre la ciencia del pueblo y la ciencia ilustrada, que heredamos, ocurre la misma tensión dialéctica que entre pueblo y anti-pueblo. El pueblo trata de negar en sí lo que es el anti-pueblo recuperando en una nueva síntesis los valores que surgen de tal negación. En esa lucha dialéctica el pueblo se hace más pueblo no tanto por el exterminio del contrincante, en este caso el anti-pueblo, sino en la negación de los valores que encarna, plasmándose por la negación de la negación una nueva afirmación de sus propios valores. Así se enriquece dialécticamente a grados más altos de conciencia social, personalidad social y organización social. Del mismo modo sucede entre la ciencia del pueblo y la ciencia ilustrada. La ciencia del pueblo obra dialécticamente negando a la ciencia ilustrada en cuanto es ilustrada pero no rechazándola en cuanto es la expresión de un logro humano del pueblo y que puede ser puesto al servicio del pueblo. De lo contrario la ciencia del pueblo sería en verdad barbarie, negada a la historia y a las posibilidades de conocimiento y transformación siempre abiertas del pueblo. Es por eso que esta ciencia del pueblo es del más alto nivel con la ventaja de tener una fundamentación muy superior a la de la ciencia ilustrada. La ciencia ilustrada es la ciencia que nace con la Modernidad fundamentada en la separación de sujeto y objeto. Es una ciencia quebrada en sus fundamentos. Es su deficiencia ontológica. Deficiencia que la lleva a enajenarse en ella misma y que la constituye en ilustrada sea en su vertiente racionalista (sujeto), sea en su vertiente empirista (objeto). La ciencia del pueblo se ve libre de este fracturismo porque parte del pueblo, se mueve en el pueblo y su horizonte es el pueblo. El pueblo no se halla partido en sujeto y objeto. El pueblo es uno a pesar de sus contradicciones internas y de las estructuras de dominación a las que se ve sometido. Sólo así puede ser fundante. Es la hora de los Pueblos, no en cuanto antes no hayan existido sino en cuanto recién ahora nos empezamos a dar cuenta de su real estatuto ontológico y su destino histórico. Del mismo modo la Modernidad redescubrió al

hombre en su capacidad de conocimiento y libertad llevándolo al primer plano de su reflexión, lo que no significa que ya mucho antes el hombre no haya sido dotado de ese conocimiento y libertad. Ya Juan Bautista Alberdi lo había intuido, cuando publica hacia 1837, en la etapa nacional de su pensamiento, el *Fragmento preliminar al estudio del Derecho* y donde expone, con genialidad y rara clarividencia, cuáles son las características que determinan la existencia de un pueblo con innegable destino histórico y que nos hacen recordar algunas de las características de pueblo dadas anteriormente, al afirmar que “una nación no es una nación, sino por la conciencia profunda y reflexiva de los elementos que la constituyen. Recién entonces es *civilizada*: antes había sido instintiva, espontánea: marchaba sin conocerse, sin saber adónde, cómo ni por qué. *Un pueblo es civilizado únicamente cuando se basta a sí mismo*, cuando posee la teoría y la fórmula de su vida, la ley de su desarrollo”⁹. Y es de subrayar, que para Alberdi en el *Fragmento*, pueblo “es una *mayoría*, a la que una *minoría privilegiada* había llamado *plebe*”¹⁰. Y esta percepción de lo que en

⁹ J. B. Alberdi, *Obras completas*, Tomo I, *Fragmento preliminar al estudio del Derecho*, Buenos Aires, 1886, p. 111. Y un poco más adelante Alberdi exclama: “*Es pues tiempo de comenzar la conquista de una conciencia nacional*, por la aplicación de nuestra razón naciente, a todas las fases de nuestra vida nacional. Que cuando, por este medio hallamos arribado a la conciencia de lo que es nuestro y deba quedar, y de lo que es exótico y deba proscribirse, entonces sí que habremos dado un inmenso paso de emancipación y desarrollo; porque *no hay verdadera emancipación mientras se está bajo el dominio del ejemplo extraño, bajo la autoridad de las formas exóticas*”, p. 111. Y en otro lugar: “Nuestros padres nos dieron una independencia material: a nosotros nos toca la conquista de una forma de civilización propia, la conquista del genio americano. Dos cadenas nos ataban a la Europa: una material que tronó; otra inteligente que vive aún. Nuestros padres rompieron la una por la espada: nosotros romperemos la otra por el pensamiento”, p. 113.

¹⁰ Idem, p. 127. Y a continuación agrega: “Una nueva era se abre, pues, para los pueblos de Sud América, modelada sobre la que hemos empezado nosotros, cuyo doble carácter es: *la abdicación de lo exótico, por lo nacional; del plagio, por la espontaneidad; de lo extemporáneo, por lo oportuno; del entusiasmo, por la reflexión; y después, el triunfo de la mayoría sobre la minoría popular*”, p. 127. Y un poco más allá: “la emancipación de la plebe es la emancipación del género humano, porque la plebe es la humanidad, como ella es la nación. *Todo el porvenir, es la plebe*. Esta plebe que Jesucristo amó, y cuya inocente indigencia la atrajo dignamente en todos los tiempos las afecciones de los corazones simpáticos y grandes, es también el objeto de nuestras insignificantes predilecciones”, p. 127.

verdad es el pueblo lo lleva a exclamar “*respetemos al Pueblo, venerémosle, interroguemos sus exigencias y no procedamos sino con arreglo a sus respuestas. No le profanemos tomando por él lo que no es él*”¹¹. Alberdi no deja lugar a dudas de que el pueblo es esa “*mayoría*”, considerada “*plebe*” por una “*minoría privilegiada*”, desprovista del saber ilustrado pero que paradójicamente tiene una “*conciencia profunda y reflexiva de los elementos que la constituyen*”.

Algunos, quizás, podrán objetar que la categoría pueblo no es una categoría científica como para servir al análisis hermenéutico de la historia de la ciencia argentina. A decir verdad el pueblo no es una realidad que pueda ser definida científicamente de modo exhaustiva. La misma realidad del pueblo rebasa todo intento de formalización científica. No puede ser agotable por ella. Pero ello no significa que su concepto no puede ser delimitable y aproximable categorialmente y que su implementación no sea sumamente útil como instrumento hermenéutico. A la realidad pueblo le corresponde en el universo conceptual una *categoría cultural de naturaleza histórico-política*¹². De ningún modo una categoría derivada de las ciencias socio-económicas. Esto no significa que el

¹¹ Idem, p. 128. Y a continuación: “el pueblo no es una clase, un gremio, un círculo: es todas las clases, todos los círculos, todos los roles. *Respetemos esta celeste armonía, esta sagrada integridad*, que es el espíritu del Evangelio, y dogma del espíritu humano. *Respetemos la pobre mayoría*; es nuestra hermana: aunque inculta y joven, pero vigorosa y fuerte. *Respetemos su inocente ignorancia y partamos con ella nuestra odiosa superioridad mental*”, pp. 128-129.

¹² J. C. Scanonne, “Teología, cultura popular y discernimiento”, en *Teología y mundo contemporáneo, homenaje K. Rahner*, Cristiandad, Madrid, 1975, pp. 351-376. Allí el autor entiende la categoría “pueblo”, “no en forma clasista ni tampoco ambiguamente populista (como un recipiente vacío donde todo tiene cabida), sino en *forma histórico-cultural*”, p. 363 (el subrayado es nuestro). Un poco antes se había explicitado este contenido al decir que como categoría histórico-cultural el pueblo es una especie de categoría-símbolo “que designa a todos los que —sea cual fuere el lugar que ocupan en el proceso productivo— comulgan con el proyecto histórico de liberación. Hablamos de *categoría cultural* porque apunta a la creación, defensa y liberación de un *ethos cultural* o estilo humano de vida. Se trata de una *categoría histórica*, pues sólo históricamente puede determinarse en cada situación particular quiénes y en qué medida se pueden decir verdaderamente ‘pueblo’ o en qué medida tienen caracteres de ‘anti-pueblo’. La llamamos ‘*categoría-símbolo*’ por su riqueza convocativa y su ambigüedad o sobre determinación significativa, ambigüedad que sólo se quita en un determinado contexto histórico”, pp. 355-356.

pueblo no tenga nada que ver con las relaciones de producción sino que las relaciones de producción no definen de por sí lo que es el pueblo. Luego, no puede tomarse de esas ciencias las categorías fundamentales para aproximarse a la realidad del pueblo. Por el contrario, la realidad del pueblo puede ser aproximada (no estrictamente definible) por categorías culturales porque la Cultura es precisamente conciencia de valores, modo y estilo de vida, "ethos" por antonomasia¹³. Lo que hace pueblo al pueblo, al decir de Alberdi, es la "conciencia profunda y reflexiva de los elementos que la constituyen". Y esto es eminentemente cultural. La categoría pueblo como categoría cultural va pues a expresar aquel aspecto sustancial por lo que el pueblo es pueblo. Sin embargo, esto no es todo. ¿Cómo resolver el problema de saber en concreto *cuál* es el pueblo? El pueblo se manifiesta de un modo eminente en su praxis histórico-política. Este es el modo en que se revela su más alta conciencia al mismo tiempo que reafirma su presencia. Es por ello que la categoría pueblo es una categoría cultural de naturaleza histórico-política. El pueblo toma su rostro en la historia y sólo allí puede ser reconocible. Tiene una genealogía perfectamente definida. Su existencia está dada en modo indicativo por un "aquí" y un "ahora" circunscriptos históricamente. El mismo pueblo se define en su praxis política, pues en su lucha política se afirma como pueblo al "generar", por un lado, al anti-pueblo, poniéndolo delante y superándolo en su tensión dialéctica y al oponerse, por otro lado, al imperio y a su proyecto de dominación. Ya puede comenzar a percibirse que nuestra categorización de pueblo es mucho más amplia y fecunda que la categoría *individuo* acuñada por el pensamiento liberal y que la categoría *clase* acuñada por el pensamiento marxista¹⁴. El olvido de esta realidad del pueblo y de su ineludible destino histórico es el que ha llevado a minorías ilustradas, como en el caso de Rivadavia¹⁵, encaramadas en el poder —es decir en el Estado— y

¹³ L. Gera, "Cultura y dependencia a la luz de la reflexión teológica", *Stromata*, año XXX, Nº 1/2, enero-junio 1974, p. 169.

¹⁴ M. C. Casalla, "Algunas precisiones en torno al concepto de 'pueblo'", en *Cultura popular y filosofía de la liberación*, Edit. F. García Cambeiro, Buenos Aires, 1975, pp. 33-69.

¹⁵ D. F. Sarmiento, *Obras*, Tomo VII, *Civilización y barbarie*, Buenos

con un concepto ilustrado de nación, a un verdadero fracaso. Por eso Alberdi, en la etapa nacional de su pensamiento, dice "gobémonos, pensemos, escribamos y procedamos en todo *no a imitación de pueblo ninguno de la tierra sea cual fuere su rango, sino exclusivamente como lo exige la combinación de las leyes del espíritu humano, con las individualidades de nuestra condición nacional*"¹⁶. ¡Qué abismo con la concepción sarmientina de "alcancemos a los Estados Unidos" y la de Ingenieros que agregaba "trabajemos para ser como los Estados Unidos!"¹⁷.

Aires, 1896, p. 106. Allí Sarmiento le asigna a Rivadavia "la gloria de haber representado la civilización europea en sus más nobles aspiraciones". Un poco antes en pág. 105 había dicho que "Rivadavia era la encarnación viva de ese espíritu poético, grandioso, que dominaba a la sociedad entera... Traía sabios europeos para la prensa y las cátedras, colonias para los desiertos, naves para los ríos, intereses y libertad para todas las creencias, crédito y Banco Nacional para impulsar la industria; todas las grandes teorías sociales de la época para modelar su gobierno; la Europa, en fin, a vaciarla de golpe en la América y realizar en diez años la obra que antes necesitara el transcurso de siglos".

¹⁶ J. B. Alberdi, op. cit., pp. 111-112. En el *Discurso pronunciado el día de la apertura del Salón Literario* (1837), *Obras completas*, Tomo I, p. 264, decía: "Seguir el desarrollo no es hacer lo mismo que hicieron nuestros padres, sino aquello que no hicieron y debieron hacer. Continuar la vida principiada en Mayo, no es hacer lo que hacen la Francia y los Estados Unidos, sino lo que nos manda hacer la doble ley de nuestra edad y nuestro suelo: *seguir el desarrollo es adquirir una civilización propia, aunque imperfecta, y no copiar las civilizaciones extranjeras, aunque adelantadas. Cada pueblo debe ser de su edad y de su suelo. Cada pueblo debe ser él mismo*: lo natural, lo normal nunca es reprochable. La infancia no es risible con toda su impotencia: lo que la ridiculiza es la pretensión de virilidad. Hasta lo perfecto es ridículo fuera de lugar; o más bien, no hay más perfección que la oportunidad". Es preciso reconocer, sin embargo, que Alberdi en su tarea de construir un pensamiento nacional lo escinde lamentablemente pues al querer indagar las leyes generales del espíritu humano se hace un deber "escuchar a la inteligencia europea más instruida y más versada en las cosas humanas y filosóficas que nosotros" (p. 266), mientras que el estudio de las formas concretas que esas leyes generales tienen, "no hay por qué consultarlas a nadie sino a nuestra razón y observación propia" (p. 266). División fatal que luego lo llevará a una etapa "europeísta" de su pensamiento como es expresada, por ejemplo, en el famoso capítulo XIV de las *Bases* referente a la "Acción civilizadora de Europa en las Repúblicas de Sudamérica" (cfr. *Obras completas*, Tomo III, pp. 420-426). Una cosa es "escuchar" al pensamiento europeo, otra cosa es estar "imbuido" por ese pensamiento.

¹⁷ J. Ingenieros, *Los precursores: Sarmiento, Alberdi y Echeverría*, Edit. P. Ingenieros, Buenos Aires, p. 62. Es preciso aclarar que hemos traído esta contraposición de citas no con un sentido "probatorio" sino más bien con un sentido "indicativo" de tendencias. Somos conscientes que toda

Antes de finalizar este apartado queremos referirnos al método. Nuestro método es el de la hermenéutica histórica. Pero no lo haremos en abstracto. Analizaremos suscintamente el proyecto echeverriano del *Dogma socialista* y el proyecto sarmientino de *Civilización y barbarie* desde la perspectiva del pueblo y atendiendo a la problemática que plantea la ciencia en esos proyectos. Luego en base a estos dos “ejemplos” reflexionaremos sobre el método.

Para Echeverría en el *Dogma socialista* de 1846 el pueblo es el “único soberano” y la “democracia” su forma de gobierno ya que la democracia “es el gobierno del pueblo por sí mismo”¹⁸. Ahora bien, ¿cuál es en realidad el contenido significativo de pueblo y democracia en este proyecto? Para Echeverría la democracia “no es el despotismo absoluto de las masas, ni de las mayorías; es el régimen de la razón”¹⁹. Y esta “razón” no la tienen todos. Es la razón ilustrada. La de la minoría ilustrada. Pues, “¿Cómo podrán concurrir a este acto los que no conocen su importancia? ¿Los que por su falta de luces son incapaces de discernir el bien del mal en materia de negocios públicos? ¿Los que, como ignorantes que son de lo que podría convenir, no tienen

“cita” debe ser incluida en su contexto y ser mediatizada por la tarea hermenéutica que más adelante explicitaremos. Con la misma intención de presentar tendencias con carácter “indicativo” agregamos algunos conceptos referentes al *desarrollo tecnológico* que emitiera el Gral. Perón el 18 de agosto de 1973 ante el Congreso del Partido Justicialista cuando dice: “Hay gente que escucha las palabras y las hace suyas. ¡El Desarrollo! Yo vengo de un mundo que está terriblemente arrepentido del desarrollo que ha hecho... ¡Vamos! *El Desarrollo Tecnológico puede ser cualquier cosa menos la imitación de lo que han hecho los otros que están ahora en la encrucijada.* De allí debemos aprender, para no exponer en el futuro a la Comunidad argentina, a corto plazo, a que sufra las mismas consecuencias de ese desastre que se ha producido en otros países de gran desarrollo. *No se trata de desarrollarse para ser rico y ser poderoso... Nosotros no nos podemos lanzar en estos momentos a un desarrollo desconsiderado e irracional... Nosotros debemos pensar que no se trata de buscar un desarrollo exagerado de los medios sino que se trata de buscar un desarrollo aparente y proporcional a nuestras posibilidades y a nuestras necesidades*”. El texto completo de este discurso puede hallarse en la revista *Hechos e Ideas*, año 1, Nº 5-6, julio-octubre, 1974, pp. 34-43.

¹⁸ E. Echeverría, *El dogma socialista*, Colección La Cultura Argentina, Buenos Aires, 1915, p. 245.

¹⁹ Idem, pp. 236-237.

opinión propia y están por consiguiente expuestos a ceder a las sugerencias de los mal intencionados? ¿Los que por su voto imprudente podrían comprometer la libertad de la patria y la existencia de la sociedad? ¿Cómo podrá, digo, ver el ciego, caminar el tullido, articular el mudo, es decir, concurrir a los actos soberanos el que no tiene capacidad e independencia?”²⁰. Para Echeverría “la voz del pueblo es la voz de Dios”²¹ pero en verdad es la voz de las élites que han asumido la “razón”, las “luces” de la inteligencia europea. Son las “vanguardias esclarecidas” las que deben “ilustrar la razón del pueblo y del legislador sobre las cuestiones políticas, antes de entrar a constituir la nación”²². Para Echeverría, “la soberanía sólo reside en la *razón colectiva* del Pueblo. El sufragio universal es absurdo. No es nuestra forma la de los ultrademócratas franceses —todo para el Pueblo y por el Pueblo— sino la siguiente: *todo para el Pueblo y por la razón del pueblo*”²³. Vemos cómo un concepto disminuido de pueblo lleva correlativamente un concepto ilustrado de democracia. En Echeverría las “ideas” son más fuertes que la realidad viviente y concreta del pueblo. Esto lo lleva a privilegiar su idea de “democracia”, es decir su idea de nación y de estado, y a subordinar a ella todas las otras realidades. Para Echeverría la democracia “es el punto de arranque y de reunión”²⁴. Todo lo demás debe coadyuvar a la

²⁰ Idem, p. 237. Esta concepción elitista de la democracia no será patrimonio sólo de Echeverría, sino de todo el pensamiento liberal ortodoxo. Así por ejemplo el prologuista del Censo Nacional de 1869 afirmaba lo siguiente: “La democracia, bien entendida, no la hacen sino los instruidos, los que pueden llamarse ciudadanos, es decir, los que están en actitud de conocer sus deberes y sus derechos, como miembros de la sociedad constituida. El ignorante no entiende ni de una ni de otra cosa; el ejercicio que se le concede o es una superchería o es una espada en manos de un loco. Y si no, hágase sin engaño efectiva en todo el territorio su votación y se verá el resultado. Pudiera ser éste bien terrible a la verdad, y sin embargo sería legal”, Diego de la Fuente, prólogo al Censo Nacional de 1869, p. XXXVIII, citado por J. C. Tedesco, *Educación y sociedad en la Argentina* (1880-1900), Ed. Pannedille, Buenos Aires, 1970, p. 120. El mismo Tedesco, allí mismo, cita un discurso de Juárez Celman donde expresa que “El gobierno del pueblo y por el pueblo tiene por condición que el pueblo sea ilustrado”.

²¹ Idem, p. 243.

²² Idem, pp. 244-245.

²³ Idem, p. 252.

²⁴ Idem, p. 251.

cimentación de esa democracia. Es aquí donde entra el rol de la ciencia que no es puesta al servicio del pueblo sino al servicio de la democracia ilustrada. Pues para Echeverría la "política, filosofía, religión, arte, *ciencia*, industria, toda la labor inteligente y material deberá encaminarse a fundar el imperio de la democracia. Política que tenga otra mira no la queremos. Filosofía que no coopere a su desarrollo, la desechamos. Religión que no la sancione y la predique, no es la nuestra. Arte que no la anime en su espíritu y no sea la expresión de la vida del individuo y de la sociedad, será infecundo. *Ciencia que no la ilumine, inoportuna...*"²⁵. Vemos así cómo la ciencia y las restantes actividades se vertebran alrededor de este concepto ilustrado de democracia. Empresa teórica grande pero lamentablemente estéril ya que no se afincó en la realidad de un pueblo con rostro situado histórica y telúricamente. Las ideas cegaron una vez más la realidad. De nada valió el reconocer de que era necesario estudiar "el movimiento progresivo de la inteligencia europea, pero sin sujetarse ciegamente a sus influencias"²⁶ y tener "un ojo clavado en el progreso de las naciones y el otro en las entrañas de nuestra sociedad"²⁷.

²⁵ Idem, p. 251.

²⁶ Idem, p. 196.

²⁷ Idem, p. 253. Y un poco antes dice: "Pediremos luces a la inteligencia europea pero con ciertas condiciones". ¿Cuáles serán esas luces? Las del pensamiento liberal. Está en la base el mismo error de Alberdi que llevará en definitiva a "europeizar" el pretendido pensamiento nacional. Una vez que se entró en la "lógica" de ese pensamiento ya no es posible o es una utopía ponerle "ciertas condiciones". Subyacente a ese pensamiento liberal de tipo político o economicista, se da en la generación del 37 la irrupción filosófica del romanticismo historicista de origen alemán pero de procedencia francesa a través de Lamennais, Saint Simon, Lerminier, Leroux, etc. En este pensamiento se da una importancia decisiva al desarrollo de la historia como una ley universal que debe concretarse luego en cada pueblo de modo particular. Es por esta razón que tanto Alberdi, como Echeverría y otros representantes de la generación del 37, son llevados a indagar en el pensamiento europeo en búsqueda de esa ley general del desarrollo histórico y por otro lado en la idiosincrasia de nuestro ser nacional la ley propia de nuestra evolución histórica. Pero esto es ya aceptar la lógica de ese pensar historicista y quedar sujeto a ella. Este mismo pensar lleva a Alberdi en un primer momento a la aceptación de Rosas porque en él debe expresarse el sentir del pueblo. Es por ello que en el "Fragmento" refiriéndose a Rosas afirma que "*considerado filosóficamente* no es un déspota que duerme sobre bayonetas mercenarias. *Es un representante que descansa de buena fe sobre el*

De modo bastante similar en el contenido aunque no en su forma Sarmiento plantea en 1842 con su *Facundo* el problema argentino como el extraño maridaje en un mismo suelo de civilización y barbarie. Para Sarmiento la civilización está afincada en las ciudades. La barbarie en las campañas. La civilización tiene como prototipo a Europa. La barbarie a la América indígena y española, siendo su producto el gaucho, hombre de campo, singular engendro de lo telúrico e hispánico. Esta división de dos mundos en una misma tierra, representados por la ciudad y la campaña, son como dos partidos, como dos enemigos, como dos antagonistas, son como "dos civilizaciones distintas en un mismo suelo; una naciente y que sin conocimiento de lo que tiene sobre su cabeza está remedando los esfuerzos ingenuos y populares de la Edad Media; otra que sin cuidarse de lo que tiene a sus pies intenta realizar los últimos resultados de la civilización europea; el siglo XIX y el siglo XII viven juntos: el uno en las ciudades, el otro en las campañas"²⁸. Es así como, para Sarmiento, el "pro-

corazón del pueblo. Y por pueblo no entendemos aquí la clase pensadora, la clase propietaria únicamente, sino también la universalidad, la mayoría, la multitud, la plebe" (op. cit., p. 125). En este "considerado filosóficamente", pasado por alto por muchos historiadores, está la clave para comprender el pensar de Alberdi respecto a Rosas. Es el pensar del romanticismo historicista. El mismo Sarmiento al hablar de Facundo utiliza la misma filosofía cuando lo llama "*expresión fiel de una manera de ser de un pueblo, de sus preocupaciones e instintos...* Un caudillo que encabeza un gran movimiento social *no es más que el espejo en que se reflejan, en dimensiones colosales, las creencias, las necesidades, preocupaciones y hábitos de una nación en una época dada de su historia*" (Obras, Tomo VII, *Civilización y barbarie*, Buenos Aires, 1896, p. 14). Esto le llevará a Sarmiento a afirmar que tras la barbarie de Facundo se esconde la barbarie de un pueblo. De aquí se origina la necesidad del "civilizado" y de la "civilización" como tarea. Este romanticismo historicista al no poder integrar en su proceso "civilizatorio" a las figuras de los caudillos irá poco a poco "liberalizándose" haciendo entrar más y más las ideas de "razón", "libertad" y "organización", que fue como volver un poco a la generación de 1810 con Moreno y a la de 1821 con Rivadavia, de características más iluminísticas y ahistoricas. Cfr. Diego F. Pró, *Periodización del pensamiento argentino*, Cuyo, Anuario de historia del pensamiento argentino, Instituto de Filosofía, Universidad Nacional de Cuyo, tomo I, 1965, pp. 7-150.

²⁸ D. F. Sarmiento, *Obras*, Tomo VII, *Civilización y barbarie*, Buenos Aires, 1896, p. 47. Es curioso observar que Babini al caracterizar la ciencia argentina habla también como si "dos tendencias culturales en pugna obtuvieran alternativamente la victoria". Este texto de Babini se encuentra, en la edición mexicana citada, en la nota 3. Allí dice Babini que los aconteci-

greso" está indisolublemente unido a la ciudad y al espíritu europeo. El "atraso" a la campaña y al espíritu telúrico e hispánico. La instrucción y la cultura unidos a las ciudades. La ignorancia,

mientos políticos y sociales influyeron en el desarrollo de la actividad científica argentina, más que en su orientación y contenido, en sus posibilidades y manifestaciones externas. A los diversos períodos de esa influencia Babini los califica con un símil psicológico llamándolos "períodos introvertidos" y "períodos extrovertidos"; períodos "en los que el país parece, respectivamente, cerrarse sobre sí mismo y abrirse hacia el mundo, y a los que corresponden épocas de inactividad y actividad científicas, dadas las características de la ciencia, tareas humanas, por esencia, internacional y universal. En el panorama que hemos desarrollado creemos advertir claramente varios de esos períodos, que imprimen al andar científico, no ya una marcha uniforme en sentido ascendente, sino uno movimiento oscilatorio, un ritmo cíclico, como si *dos tendencias culturales en pugna obtuvieran alternativamente la victoria*. Así, mientras a lo largo de casi todo el período colonial la Argentina, *aislada del mundo*, no cobija prácticamente actividad científica alguna, al finalizar el siglo XVIII y en especial con el advenimiento de la Revolución, se inicia para la ciencia un primer movimiento ascendente. La Argentina abre por primera vez sus puertas al mundo y, traída por vientos europeos, penetra en el país una corriente científica. No es una corriente vigorosa, no obstante figurar en ella cabales hombres de ciencia como Bompiani y Mossotti, no obstante presidir en ella el espíritu de Rivadavia y de la Universidad de Buenos Aires, no obstante contar con el apoyo y la voluntad de cierto sector de la población que ansía incorporar a su seno los beneficios de 'la iluminada Europa' y de la 'la Ilustración', y los 'progresos del conocimiento'. Las luchas políticas que sobrevienen demasiado pronto impiden que esa débil atmósfera se fije y arraigue, y la tiranía termina por cegar esta fugaz etapa científica. Poco a poco la actividad científica decrece y al promediar el primer tercio del siglo XIX, la Argentina, desde ese punto de vista, ha regresado a la Colonia. Con la caída de la tiranía cesa este período de inactividad, pues el impulso extraordinario que los hombres de la organización nacional imprimirán al país, significará también para la ciencia un nuevo movimiento de ascenso, esta vez con paso más firme y seguro. Nuevamente las miradas se dirigen hacia el exterior, que ya no es sólo Europa, en demanda de hombres de ciencia que acudan a fertilizar el suelo científico argentino... Las décadas que van del 60 al 90 representan un período de asombrosa actividad científica que culmina hacia el 72, y en el que surge la investigación científica orgánica y organizada... Mas, hacia el 90, se inicia otro período que, en cierto sentido, muestra signos de decadencia científica. Los factores económicos, pero también el espíritu de la época, desvían el impulso originario del período anterior y la actividad científica se dirige hacia otros rumbos: hacia las aplicaciones, hacia la técnica. El 'progreso material' deslumbra y no deja ver sino la ciencia aplicada, el afán utilitario priva sobre el desinterés de la ciencia pura; los institutos científicos vegetan y durante unos lustros, a ese respecto, la Argentina vuelve a encerrarse sobre sí misma. Hasta que, ya en este siglo, nuevos factores sociales y políticos contribuyen a que la ciencia recobre su ritmo ascendente..." (pp. 188/190 de *Historia de la ciencia argentina*, Fondo de Cultura Económica, 1949. El subrayado es nuestro).

el analfabetismo y la incultura unidos a la campaña. La lucha es entre la civilización europea y la barbarie criolla. Este diagnóstico sarmientino de la realidad argentina exige un proyecto que favorezca a la civilización y elimine, en lo posible, a la barbarie. Un proyecto que impulse la "instrucción", la venida de capitales, la construcción de ferrocarriles, la navegación de los ríos, el libre comercio, etc.²⁹. Estos son los "medios" que forjarán la "civilización". Toda la generación liberal proclamará estos medios³⁰. Pero después de Pavón su práctica los mutilará convirtiéndolos en fines. Ya lo dirá el mismo Alberdi, desengañado de esa praxis, que la "civilización no es el gas, no es el vapor, no es la electricidad, como piensan los que no ven sino su epidermis"³¹. ¿Y quiénes son éstos que no ven más que su "epidermis"? Es la misma generación liberal. La generación para la cual "el progreso era el desideratum de la nacionalidad y a él debía sacrificarse todo"³². Ahora bien, dentro de este proyecto sarmientino de "civilización"

²⁹ Idem, p. 12, p. 237, etc.

³⁰ J. B. Alberdi expresa con claridad esta subordinación de medios a fines cuando dice: "Así como antes colocábamos la independencia, la libertad, el culto, hoy debemos poner la inmigración libre, la libertad de comercio, los caminos de hierro, la industria sin trabas, *no en lugar de aquellos grandes principios*, sino como *medios esenciales* de conseguir que dejen de ser palabras y se vuelvan realidades". *Obras completas*, Tomo III, *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, p. 409.

³¹ Idem, Tomo VII, p. 166. Vale la pena reproducir todo el texto: "La civilización no es el gas, no es el vapor, no es la electricidad, como piensan los que no ven sino su epidermis. Bajo la Comuna de París brillaba el gas, humeaba el vapor, transmitía la electricidad. ¿Qué cosa? Que la flor de París, en la Iglesia y en la magistratura, era fusilada, sin proceso, sin crimen, sin interés, sin odio. La Inglaterra del siglo XVIII, no conocía el gas, ni el vapor, ni el telégrafo eléctrico, y sin embargo era ya un pueblo tan civilizado como hoy, pues allí estudiaba Montesquieu esa misma libertad, que un siglo después estudiaba Tocqueville en los Estados Unidos de América, ya civilizados también desde que eran libres, antes de conocer el vapor, el gas, la electricidad postal". Esta pérdida de la valorización de los verdaderos fines está expresada patéticamente por Miguel Cané en 1872 al decir que "cuando se peleaba en toda América por la libertad, la lucha engendraba el patriotismo, y este sentimiento superior a todos, elevaba los espíritus y calentaba los corazones. Nuestros padres eran soldados, poetas y artistas. Nosotros somos tenderos, mercachifles y agiotistas. Hace un siglo, el sueño de la juventud era la gloria, la patria, el amor: hoy es una concesión de ferrocarril, para lanzarse a venderla en el mercado de Londres". Miguel Cané, *Ensayos* (1877), Colección La Cultura Argentina, Buenos Aires, 1919, art. "Positivismo", p. 19.

³² Andrés R. Allende, "Las reformas liberales de Roca y Juárez Cel-

¿qué papel ocupa la ciencia? Exactamente el mismo que el que ocupaba la ciencia dentro del proyecto echeverriano. Así como allí la ciencia debía consolidar a la “democracia”, aquí la ciencia debe consolidar a la “civilización”. Por ello —anota Sarmiento refiriéndose a la ciencia y a la industria— es preciso “llamarlas con todas nuestras fuerzas para que vengan a sentarse en medio de nosotros, libre la una de toda traba puesta al pensamiento, segura la otra de toda violencia y de toda coacción”³³. He aquí reunidas en una misma expresión las dos caras del liberalismo: el *cientificista* y el *mercantilista*. Libertad de pensar y seguridad de comerciar no fundadas sobre el bien del pueblo sino sobre una razón ilustrada que sobredimensionó esos valores hasta considerarlos como absolutos. Vemos de nuevo retrotraerse a un desconocimiento de la realidad primaria de lo que es pueblo una serie de soluciones y un proyecto que en definitiva atenta contra el mismo pueblo.

Nos toca ahora reflexionar sobre el *método hermenéutico histórico* a partir de los análisis arriba esbozados. El análisis ha consistido, en este caso, de dos textos. Se ha realizado su herme-

man”, *Revista de Historia*, Nº 1, Buenos Aires, 1957. Cit. por N. D’Atri, *Del 80 al 90 en la Argentina*, A. Peña Lillo Editor, Buenos Aires, 1973. Para ver más allá de la “epidermis” son iluminativos los conceptos de A. Podetti cuando dice: “El progreso no consiste en un desarrollo de la ‘humanidad’ lineal, mecánico, uniforme, no es un crecimiento o acumulación cuantitativa, realizado por hombres abstractos, siempre del mismo modo; sino que es dialéctico, consiste en un proceso discontinuo y contradictorio donde hay avances y retrocesos, fracturas, rupturas, etapas negativas, realizado no por hombres abstractos sino por pueblos concretos que mantienen determinadas relaciones con otros pueblos y que actúan en el proceso histórico conforme a modalidades propias... Por otra parte creemos que el progreso no está determinado por el desarrollo científico-tecnológico o por el desarrollo económico; hay distintas líneas de acumulación de conocimientos y experiencias: una técnico-científica-económica, otra espiritual, otra política. Y la única que permite valorar positiva o negativamente el proceso en su conjunto o una etapa particular es el progreso político, vale decir el crecimiento de la conciencia y del poder político de los pueblos: la historia de la humanidad es la lucha de los pueblos contra los imperialismos”. “Ciencia y política”, *Hechos e Ideas*, Año 1, Nº 1, tercera época, septiembre de 1973, p. 24. Para un análisis filosófico de la idea de progreso, ver C. Alberini, “La idea de progreso en la filosofía argentina”, Cuyo, *Anuario de Historia del Pensamiento Argentino*, Instituto de Filosofía, Universidad Nacional de Cuyo, Tomo 2, 1966, pp. 7-25.

³³ D. F. Sarmiento, *Obras*, Tomo III, op. cit., p. 12.

néutica³⁴. El método hermenéutico histórico utiliza toda una maquinaria compleja de técnicas —que en los ejemplos arriba analizados no hemos mencionado— en orden a obtener la más plena comprensión de los textos³⁵. Comprender es asimilar una estructura de significados que arquitecturen un sentido³⁶. Nuestro mundo es un mundo de significación y sentido³⁷. Esta búsqueda de sentido no es arbitraria. No es el sujeto el que impone el sentido ni es tampoco el objeto el que lo determina enteramente. Si así lo afirmáramos estaríamos presos de la escisión sujeto-objeto, propia de la Modernidad, con todas sus aporías. El desentrañamiento hermenéutico —es decir la búsqueda de sentido que lleva a la comprensión— tiene al menos tres dimensiones o tres niveles³⁸. El primer nivel mira a hacer una interpretación correcta del sentido del texto dado por el autor. Es el sentido *lingüístico*. El segundo nivel trata de ver si el autor ha hecho una correcta interpretación de la realidad a él manifestada. Es el sentido *óntico*. El tercer nivel trata de interpretar a la luz de la situación

³⁴ Para una comprensión del concepto de “hermenéutica” cfr. E. Coreth, *Cuestiones fundamentales de hermenéutica*, Herder, Barcelona, 1972. Para ver los problemas relativos a la hermenéutica histórica cfr. E. Betti, *Teoria generale della interpretazione*, 2 vol., Milán, 1955.

³⁵ Para un examen global de todas las técnicas empleadas en la investigación histórica, cfr. *L’Histoire et ses Méthodes*, bajo la dirección de Ch. Samaran, Bibliothèque de la Pléiade, Gallimard, París, 1961.

³⁶ Este “comprender” es fundamental para toda la cuestión hermenéutica. Cfr. K. O. Apel, “Das Verstehen (eine Problemgeschichte als Begriffsgeschichte)”, en *Archive für Begriffsgeschichte*, t. 1, Bonn, 1955, pp. 142-199. Heidegger es el que ha planteado de un modo radical este “comprender” como un modo de ser originario del hombre que “antecede” a cualquier “comprensión” o “explicación” objetivas. Para una diferencia entre “comprender” y “explicar” cfr. E. Fuchs, *Marburger Hermeneutik*, J. C. B. Mohr (P. Siebeck), Tübingen, 1968, pp. 15-23. Una buena exposición de la esencia y estructura de la comprensión con amplia bibliografía puede hallarse en la obra arriba citada (nota 34) de E. Coreth, pp. 63-134.

³⁷ J. R. Seibold, “El mundo como significación y sentido”, trabajo presentado en el Segundo Congreso Nacional de Filosofía, Alta Gracia, junio, 1971 y editado en las *Actas del Congreso*, vol. 1, Edit. Sudamericana, Buenos Aires, 1973, pp. 222-234.

³⁸ R. Lapointe, *Les Trois dimensions de l’Herméneutique*, Gabalda, París, 1967. El autor determina las dimensiones de la hermenéutica por medio de tres “parámetros” a los que denomina parámetros estético, ontológico y existencial. Nuestra denominación es distinta atendiendo a que nuestras preocupaciones son más amplias que la de una hermenéutica bíblica propia del autor.

presente tanto el sentido lingüístico como el sentido óntico. Es el sentido *existencial*. A cada nivel le corresponde su verdad, que en general serán distintas pues los aspectos considerados son distintos³⁹. Así, por ejemplo, en el caso del proyecto echeverriano del *Dogma socialista*, el análisis hermenéutico al primer nivel lleva a establecer el contenido de “pueblo”, de “democracia” y la respectiva articulación de la “ciencia” respecto a ella. Es una “verdad” que surge de las premisas puestas en el discurso. Es la “reconstrucción” del sentido dado por el autor. El segundo nivel, con su correspondiente verdad, se abre cuando el análisis hermenéutico trata de “corroborar” la interpretación del autor con la realidad por él analizada. Así, por ejemplo, en el caso del proyecto sarmientino de *Civilización y Barbarie* se trata de ver si el “diagnóstico” de Sarmiento en esa obra sobre la realidad argentina es correcto. Esto lleva a analizar las diversas afirmaciones sarmientinas y a contrastarlas con otras fuentes de información que proporciona la heurística histórica. Es indudable que estas últimas también están sujetas al mismo análisis. De hecho no hay realidad histórica que no sea mediada por un análisis hermenéutico. Así uno podría oponer a las afirmaciones sarmientinas, de que la civilización está en las ciudades y la barbarie en la campaña, las afirmaciones alberdianas que intentan rebatir esas tesis proponiendo precisamente las contrarias⁴⁰. En última instancia lo que

³⁹ Hablando de la verdad respecto al primer y segundo nivel E. Coreth dice: “La cuestión de la verdad se plantea, pues, en el doble sentido, tanto como interrogación acerca de la intelección correcta del texto, si mi intelección, y hasta que punto, ‘corresponde’ a lo que el texto quiere decir, como también como interrogación acerca de la comprensión correcta de la cosa misma: si la afirmación del texto ‘corresponde’, y hasta qué punto, al estado de cosas y a su contenido de sentido”, op. cit., p. 201. Del mismo modo la cuestión de la verdad se plantea en el tercer nivel, aunque con sentido diferente pues ya no se trata estrictamente de una verdad de “adecuación” o de “correspondencia”, sino una verdad como acontecimiento, como “apertura”, como “revelación”, presupuesto ineludible de toda correspondencia o decisión. Esta verdad como “apertura” es también prerequisite para la verdad de “correspondencia” del primer y segundo nivel. (Cfr. E. Coreth, op. cit., pp. 193-212.)

⁴⁰ J. B. Alberdi, *Grandes y pequeños hombres del Plata*, Garnier, París. Esta obra tiene un apéndice (pp. 283-394) titulado “Facundo y su biógrafo”, donde Alberdi intenta rebatir las tesis sustentadas por Sarmiento en su célebre *Facundo*, hasta tal punto que llega a afirmar que “el *Facundo* es, en cierto modo, el más instructivo de los libros argentinos pero a condición

se trata de contraponer es un diagnóstico particular sobre una realidad que a su vez está mediada lingüísticamente y que como tal también debe ser interpretada. El tercer nivel, con su correspondiente verdad, se abre cuando el análisis hermenéutico trata de investigar si los sentidos surgidos en el primer y segundo nivel tienen vigencia en la situación actual. Así, por ejemplo, en el caso del proyecto echeverriano este tercer nivel del análisis hermenéutico nos lleva a preguntar y a cuestionar si todavía los significados echeverrianos de “pueblo”, de “democracia” y de “ciencia” tienen actual vigencia. O en el caso del proyecto sarmientino, si para nosotros “civilización” significa todavía la entronización de los medios técnicos o si “ciencia” puede significar todavía la instauración de investigar ilimitadamente lo que uno quiera. Este tercer nivel —que nosotros no hemos bosquejado sistemáticamente en los ejemplos arriba analizados— es como una relectura de nuestra experiencia histórica que como tal es fecundante de nuevas significaciones no sólo para el presente sino también para el mañana. He aquí una tarea impostergable. El análisis hermenéutico no puede detenerse en el primer y segundo nivel. Debe llegar al tercero para dar plenos frutos. En última instancia la comprensión de la historia de la ciencia argentina es un aspecto de la comprensión de nosotros mismos en este “ahora” y en este “aquí” determinados.

Ahora bien, nos toca abordar el último problema que nos plantea la hermenéutica histórica. ¿Cómo ha de entenderse dentro de esta metodología que el pueblo es *horizonte* de comprensión? Es sabido por buena parte de la historia de la filosofía, que lo singular sólo puede ser conocido dentro de un horizonte amplio de significaciones que surgen del trasfondo de experiencias previas. Lo singular no puede ser conocido en referencia a sí mismo. Exige un horizonte donde pueda emerger comprendido. En este sentido “horizonte” es el campo previo de experiencias desde donde puede comprenderse lo singular⁴¹. Desde Husserl y Heidegger a

de saber leerlo y entenderlo. *El que no lo entiende al revés de lo que el escritor pretende, no entiende el Facundo absolutamente. Tomar sus palabras en sentido recto y al pie de la letra es el medio de no entenderlo* (p. 310).

ese horizonte se lo llama "mundo". En esta perspectiva la pre-comprensión atemática de mundo es el apriori obligado a cualquier comprensión particular de un ente finito. Ahora bien, podemos preguntarnos siguiendo analógicamente este razonamiento cuál será el horizonte desde el cual pueda ser comprendida la historia de la ciencia argentina. Creemos que el horizonte inmediato de comprensión es el pueblo y como tal lo proponemos. Evidentemente el que sea considerado como "horizonte" no hace del pueblo un concepto "trascendental" de tipo formal y vacío de significaciones específicas. El pueblo, considerado como horizonte, es ese trasfondo histórico de sentido desde el cual —y a cuya luz— se hace posible comprender en toda su dimensión los aspectos más significativos de la ciencia argentina. El pueblo, como horizonte, mantiene su consistencia óptica como el "ahí" del sentido. El pueblo como horizonte guía toda la cuestión hermenéutica implicada en los tres niveles de interpretación. La cuestión del pueblo como horizonte está ya comprometida en el nivel lingüístico a pesar de aparecer este nivel con cierta autonomía y con un carácter más bien formal. Es que el pueblo como horizonte se hace presente en el modo de preguntar al texto. Al texto se le pregunta de cierto modo. Y este modo es el que parte del pueblo. En el proyecto echeverriano se pregunta por la función de la ciencia pero dentro del horizonte del pueblo. Si ese horizonte no estuviera allí implicado se preguntaría al texto toda una serie de cuestiones totalmente ajenas al preguntar previo. Y este es un problema intrínseco. No hay preguntar sin horizonte. Nosotros explicitamos el horizonte como fundamento de nuestro preguntar. Y lo situamos en el pueblo. A este nivel lingüístico el intérprete debe poner

⁴¹ E. Coreth, op. cit., habla del significado de "horizonte" como de "una totalidad comprendida conjunta y atemáticamente o bien pre-comprendida, la cual penetra, condicionándolo y determinándolo, en el conocimiento —la percepción o la intelección— de un contenido singular que se abre dentro de esta totalidad de una manera determinada. Esta totalidad puede ser un contexto próximo e inmediato, o sea estrechamente limitado, de acción y significado, el cual a su vez está en un contexto más amplio y remite a él por cuanto por él es condicionado y determinado. Hay, pues, una multiplicidad de *horizontes parciales* a distinta escala y heterogéneos, los cuales están dentro de un *horizonte total* comprensivo en el que se realizan totalmente la vida y la comprensión humanas", pp. 104-105.

entre paréntesis no el horizonte de pueblo sino la comprensión actual que él posee de pueblo. De lo contrario viciaría el mismo análisis lingüístico, impostando al texto examinado una significación diversa de la que el mismo autor le diera. Poner entre paréntesis el contenido actual de pueblo no es renunciar a poner al pueblo como horizonte del preguntar. Cuando se ingresa al segundo nivel —el óptico— también está presente el trasfondo de pueblo como director y horizonte del preguntar. Y ahora con mucho más fuerza pues la pregunta va dirigida a confrontar la interpretación del autor manifestada en el texto, con la misma realidad mediada a través de otros textos, pues se trata de cuestiones históricas sumergidas en el pasado y que no pueden hacerse presente sin su correspondiente mediación interpretativa. Aquí debe comprenderse una concepción amplia de "texto". Texto no es solamente el *texto escrito* sino también cualquier signo cultural que viene acuñado en la tradición viviente del pueblo y que hoy mismo puede ser todavía leído y comprendido⁴². Es el problema de la "tradición" frente a la "escritura". Esta tradición también está sujeta al análisis hermenéutico. La puesta entre paréntesis de los contenidos por parte del intérprete actual respecto a la interpretación del autor es del mismo tipo que la del anterior nivel. Sin embargo la puesta entre paréntesis de los contenidos del intérprete actual, respecto a la realidad mediada a través de otros textos y de la "tradición", ya no es tan simple. No en cuanto deje de ponerse como horizonte de comprensión al pueblo, sino en cuanto la misma realidad mediada va asumiendo un rostro con notas distintivas a las cuales puede estar íntimamente ligado el mismo intérprete sin la suficiente distancia crítica. El mismo intérprete forma parte de la "tradición". Pero esto también es intrínseco. Aquí es donde se produce la dialéctica entre lo particular y la totalidad como horizonte. Aquí la totalidad pre-comprendida no puede ser dogmática. Lo particular no tiene por qué

⁴² Esta ampliación del sentido de "texto" amplía la tarea de la interpretación a fenómenos culturales "no escritos" pero "inscriptos" en el modo de ser del hombre y del pueblo. En esta línea son iluminativas las consideraciones de Ricoeur respecto al mito y al psicoanálisis freudiano (cfr. P. Ricoeur, *De l'Intérpretation, Essai sur Freud*, Seuil, París, 1965, y *Le Conflit des Intérprétations, Essais d'Herméneutique*, Seuil, París, 1969).

someterse a la totalidad. La totalidad puede ser quebrada por la irrupción de lo nuevo. Es lo que le pasó, por ejemplo, a la física clásica, pensada como totalidad, frente a la “catástrofe ultravioleta” —pensada como particular— y que dio como consecuencia el nacimiento de la física cuántica a principios de este siglo. De este modo se forma una nueva totalidad enriquecida y ampliada por el aporte de lo particular. Es el “círculo hermenéutico” o más bien el “espiral hermenéutico” en cuanto la comprensión de lo particular se hace desde una totalidad pre-comprendida y donde esta totalidad necesita constantemente de lo particular para ser enriquecida y explicitada⁴³. Este círculo es intrínseco al conocer humano y expresa justamente su naturaleza finita e histórica. No hay ningún saber absoluto de tipo hegeliano. Nuestro conocer se mueve, como principio de realidad, dentro del círculo hermenéutico y de él no podrá salir jamás. Y esto vale tanto para el conocer ordinario como para el conocer de las ciencias del hombre y de la naturaleza. Cuando se ingresa al tercer nivel —el existencial— también está presente el trasfondo de pueblo como director y horizonte del preguntar. Y ahora todavía con mucho más fuerza que en los niveles anteriores pues la pregunta va orientada a confrontar las interpretaciones anteriores con una realidad que es parte misma del propio intérprete. Esta realidad existencial a pesar de constituirse como presente no es sin embargo inmediata. La inmediatez —vaya la aparente contradicción— sólo se logra a través de una mediación interpretativa. La conciencia pretendidamente inmediata es una conciencia falsa⁴⁴. Aquí la puesta entre paréntesis de los contenidos que configuran el horizonte del pueblo del intérprete es más problemática porque la cercanía es tal que no puede separarse adecuadamente lo que piensa el intérprete de

⁴³ En particular sobre el “círculo Hermenéutico”, cfr. E. Coreth, op. cit., pp. 107-117, donde podrá encontrarse una discusión general del tema con referencia a los principales autores que lo han tratado.

⁴⁴ P. Ricoeur, *Le Conflit des Intérprétations*, Seuil, París, 1969, p. 22. Para Ricoeur, sin embargo, la hermenéutica no se limita a la reducción de las mistificaciones de la conciencia pretendidamente inmediata y tal como es ejercida por los “maestros” de la “sospecha” (p. 148) sino que es por encima de todo “restauración del sentido” (cfr. F. Marton, “L’interpretazione nel pensiero di Paul Ricoeur”, pp. 91-107, en *Esegesi ed Ermeneutica*, Paideia, Brescia, 1972.

lo que siente el intérprete. En todo caso la puesta entre paréntesis del intérprete debe llevarlo a una actitud de prudencia para no confiarse excesivamente en su percepción confundiendo su sentir con el sentir del pueblo. Confiar solamente en la propia percepción es caer nuevamente en las aporías de la conciencia inmediata y es olvidarse que toda percepción particular está enmarcada y dirigida por una pre-comprensión más englobante de la cual el intérprete no es el solo responsable. Es olvidarse que toda percepción inmediata debe ser mediada por un análisis hermenéutico que muestre su consistencia. El problema se agrava pues tanto el intérprete como la realidad por él sostenida deben estar abiertos al cuestionamiento de su propia realidad de ser así, por los significados descubiertos en los dos primeros niveles. En este sentido es problemáticamente existencial. Afecta no sólo al pensar intelectual sino al modo de ser y por consiguiente a la praxis de la cual deriva. A este tercer nivel la llamada “nueva hermenéutica” acentúa el hecho de que no es tanto el intérprete el que interpreta al texto sino el texto el que interpreta e interpela al intérprete llevándolo al terreno de la decisión⁴⁵.

Llegamos así al fin de nuestro análisis que ha intentado mostrar los caminos para una nueva comprensión de la historia de la ciencia argentina a partir del pueblo como nuevo horizonte de comprensión. Es indudable que la implementación de esta tarea será ardua pero no por eso será menos estimulante, no sólo por los hallazgos a que estará seguramente sujeta sino también por las derivaciones que tal enfoque puede generar tanto en el plano general de la cultura, como de la ciencia, de la filosofía y aún de la teología. Nuestro análisis ha planteado un camino metódico, expresado a través de los tres niveles, pero que no se agota en esos tres niveles. Hemos visto cómo a través de esos niveles el pueblo como horizonte iba tomando rostro hasta casi llegar a ser fuente de reflexión en sí mismo considerado. Cuando el pueblo pasa de ser considerado como horizonte a ser considerado en sí mismo se constituye —a nuestro entender— el momento propiamente ontológico, ya que el pueblo —ahora visto como lo particular— debe

⁴⁵ J. M. Robinson and J. B. Cobb (Editores), *The New Hermeneutic*, Nueva York, 1964.

ser considerado a la luz de un horizonte más amplio que él. Es el horizonte del ser. El pueblo, como realidad, es también un lugar donde el ser tiene su emergencia. Esta emergencia no tiene por qué ser igual a la producida en el hombre. Y así como Heidegger hizo una analítica del hombre como “ser-ahí” del mismo modo sería tarea del pensar futuro realizar también una analítica ontológica del pueblo como el “ser-ahí” del ser. Iguales consideraciones valen para emprender una Teología del Pueblo pues el momento propiamente *teológico* se constituye cuando el pueblo es considerado en el horizonte de Dios en el cual está inserto. Pero estos son otros problemas que aunque no puedan ser atacados en esta oportunidad, evidencian la riqueza del presente enfoque. Sólo nos falta, para terminar, esbozar algunas tareas concretas para la construcción de la nueva historia de la ciencia argentina.

III. TAREAS PARA LA CONSTRUCCION DE UNA NUEVA HISTORIA DE LA CIENCIA ARGENTINA

Antes de proponer —a modo de ensayo— algunas tareas concretas que deberían ser emprendidas a fin de elaborar una nueva Historia de la Ciencia Argentina, quisiéramos presentar como dos principios o *tareas fundamentales* que subyacen a cualquier tarea concreta de naturaleza hermenéutica. La hermenéutica —ya lo habíamos visto— se levanta contra toda conciencia pretendidamente inmediata y que como tal es falsa. La primera tarea fundamental de la hermenéutica es enfrentar a esa conciencia falsa y descubrirla como tal, poniendo al descubierto sus pretendidos fundamentos. En nuestro caso la hermenéutica histórica tendrá como objetivo criticar los fundamentos liberales que determinan la interpretación actual y “cuasi-oficial” de la Historia de la Ciencia Argentina y cuyo prototipo es la obra de Babini. La segunda tarea fundamental de la hermenéutica histórica es la reconstrucción del sentido. En nuestro caso la hermenéutica histórica tendrá como objetivo reelaborar una Historia de la Ciencia Argentina desde el horizonte del pueblo como nuevo modo de comprensión aplicando a cada uno de los problemas planteados una estricta metodología, en la que no sólo se observen la utilización de toda una serie de técnicas, como son la reconstitución

del “texto”, la crítica interna y externa, etc., sino también y sobremanera el respeto por los tres niveles, arriba mencionados, de la interpretación, es decir el nivel “lingüístico”, el nivel “óntico” y el nivel “existencial”. Sólo así podrá garantizarse una auténtica reconstrucción de sentido siempre abierta a un nuevo cuestionamiento (pues el sentido no es totalidad cerrada) y que no sólo servirá a contribuir —quizás humildemente— para comprender nuestro pasado, sino también para informar nuestro presente y preparar nuestro porvenir. Explicitadas estas dos “tareas” fundamentales pasemos a enumerar someramente algunas tareas concretas:

1. Analizar la ciencia de nuestro período hispánico a la luz del proyecto histórico de los Austrias, de los Borbones y de las primeras generaciones criollas. A este respecto la obra de Furlong es precursora, pero debe superarse su metodología. No se trata de levantar la leyenda negra de la “barbarie” colonial mostrando sólo realizaciones de carácter científico ocultadas por la historiografía liberal, sino mostrando además su estrecha relación al proyecto global vigente ⁴⁶.

2. Analizar la ciencia del período rosista prosiguiendo la tarea del revisionismo histórico al plano de la cultura y de la ciencia en particular. Al decir de Fermín Chávez es preciso continuar el proceso de “la descolonización mental” ⁴⁷. Aquí también es necesario superar el proceso de reconstitución del pensamiento científico, omitido en esta época por la historiografía liberal. Es necesario superar el aprecio de la ciencia en el tiempo de Rosas

⁴⁶ Diversos autores establecen la separación del período de los Austrias y de los Borbones pero lo hacen desde una óptica liberal, como ser, J. L. Romero en *Las ideas políticas en la Argentina*, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1969. Es preciso superar ese planteo desde una perspectiva donde se revalore la participación del pueblo en la formación de la cultura americana por encima de las “ideas iluministas”, que hacen del proyecto de los Austrias un proyecto “autoritario” y del proyecto de los Borbones un proyecto “liberal”. La concepción de Babini está calcada sobre este esquema ilustrado.

⁴⁷ F. Chávez, *La cultura en la época de Rosas, Aportes a la descolonización mental de la Argentina*, Theoría, Buenos Aires, 1973. En esta obra se pasa rápida pero sugerente noticia de todo el quehacer cultural y científico de la época rosista en su mayor parte silenciada por la historiografía liberal.

por sólo la revalorización de hombres de talla científica como Muñiz y de Angelis. Es necesario ir a estudiar los condicionamientos sociales, económicos, políticos que obraron en esos años a fin de comprender desde adentro y a través del proyecto rosista el quehacer de la ciencia de su tiempo.

3. Analizar la ciencia del período peronista (1945-1955). Sobre este período, en lo que respecta a la ciencia, hay en estos momentos un silencio sepulcral, o se sienten por aquí y allí críticas todavía vigentes pero no manifestadas abiertamente⁴⁸. Basta recorrer las publicaciones existentes en la época inmediatamente posterior a la revolución de septiembre del 55 para darse cuenta de que la "intelligentzia" argentina no estuvo nunca con el peronismo y su proyecto nacional⁴⁹. Es imprescindible estudiar el pensamiento de Perón respecto a la función de la ciencia dentro del proyecto peronista, como así también algunas de sus realizaciones, como por ejemplo la Universidad Obrera Nacional y la Comisión de Energía Atómica.

4. Del mismo modo es preciso volver a analizar los momentos "altos" de la Historia de la Ciencia Argentina subrayados por el liberalismo, como son el período de la Revolución de Mayo, de Rivadavia, de la "Organización nacional", el período de la crisis del 90 y también el período del radicalismo (1916-1930), como así también la época conservadora del 30 al 43. Es preciso hacerlo sin el "pre-juicio" de que todo lo subrayado y realizado por el liberalismo es malo. De lo contrario caeríamos en una historia de "buenos" y "malos" tan propia del liberalismo como del reviv-

⁴⁸ Ver por ejemplo M. Bunge, "Peronismo y ciencia", *Ciencia Nueva*, Nº 20, nov. 1972, pp. 60-61, donde entre otros conceptos dice que "durante el régimen peronista la cultura liberal fue sustituida por la incultura peronista".

⁴⁹ A modo de ejemplo reproducimos el comienzo de los editoriales de dos revistas científicas argentinas en sus primeros números después de la revolución de septiembre de 1955. El primero es el de *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, Tomo CLX, entregas I-II-III, julio-septiembre 1955: "¡Libertad! Esta mágica palabra, la misma que repite con énfasis nuestro Himno nacional, respaldece otra vez en nuestra patria...". El segundo es de la revista *Ciencia e Investigación*, Año XI, Nº 10, octubre 1955: "Nuestra revista, que nació en 1945, pudo sobrevivir la época más desfavorable que haya tenido nuestra historia para el progreso científico, y hoy, ante la Revolución Libertadora, alentamos la esperanza de que se inicie una era de verdadera democracia y libertad".

sionismo a ultranzas. En particular le asignamos singular importancia al período de la "Organización nacional". Allí es donde puede verse con claridad la unión de la ciencia dentro del proyecto educativo con sus connotaciones políticas y económicas⁵⁰. Como así también la intrincada relación de filosofía, ciencia y política. La entrada del positivismo hacia el 80 fue un impacto no sólo sobre las ciencias sino sobre un modo de ver al país con "ojos científicos y positivos". Es allí donde surge el "cientificismo" como la actitud de extender los resultados de la investigación científica en determinadas áreas a dominios más extensos de la realidad no sujetos a tales ciencias⁵¹. Este "cientificismo" de raíz positivista debe ser distinguido claramente de científicismos más recientes de la década de 1960, que se caracterizaban por una actitud científica con total independencia de la realidad vital del país. Del mismo modo sería muy interesante indagar en las raíces de la crisis científica

⁵⁰ Sobre la incidencia económica ya existe una cantidad grande de obras como la de R. Scalabrini Ortiz, *Política británica en el Río de la Plata*, Fernández Blanco, 1957; H. S. Ferns, *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, Hachette, 1967; J. Irazusta, *Influencia económica británica en el Río de la Plata*, Eudeba, 1963; J. M. Rosa, *Análisis histórico de la dependencia argentina*, Guadalupe, 1974; etc. En lo que respecta a educación consideramos muy valiosa la obra de J. C. Tedesco, *Educación y sociedad en la Argentina (1880-1900)*, Pannedille, 1970, porque muestra la interrelación de los diversos factores sociales, políticos y económicos dentro de los diversos proyectos educativos a fines del siglo pasado. Allí se encuentran excelentes referencias respecto a la enseñanza de las ciencias y al rol que tuvieron dentro de los proyectos vigentes. Es otra evidencia de que no se puede estudiar cualquier dominio sea educación, ciencia, cultura, sin la interna correlación de todos los otros factores que juegan en el desarrollo de un país. En especial está señalado —en esta obra— *el papel predominante de la política* sobre el de la economía en la orientación de la educación argentina a fines del siglo XIX.

⁵¹ Es bien sabido que con la generación del 80 irrumpe en la Argentina el positivismo, ver Ricaurte Soler, *El positivismo argentino*, Paidós, Buenos Aires, 1968. Es por demás interesante estudiar la íntima relación del pensamiento liberal y el positivismo, a este respecto concluye Ricaurte Soler: "En resumen, el positivismo argentino posee una significación sociopolítica en la medida en que representa el resultado filosófico de un largo desarrollo ideológico indisolublemente ligado al pensamiento que ha servido de base al liberalismo democrático en vías de institucionalizarse. *El científicismo se presentó, pues, como un arma poderosa contra las fuerzas sociales y políticas enemigas del laicismo, del liberalismo y de la 'descolonización argentina'*", p. 64. Para la implicancia del positivismo en el plano socio-cultural, ver los artículos de M. Monserrat, "La recepción del darwinismo en la Argentina - La etapa prepositivista", *Criterio*, 45 (1972), pp. 652-656; "Holmberg y el darwinismo en Argentina", *Criterio*, 47 (1974), pp. 591-598.

del 90 con sus connotaciones económicas, especialmente en relación con el nacimiento de la industria y los factores de poder capitalistas e imperialistas. Del mismo modo se debería estudiar con detalle la relación de la política radical con la investigación científica y en particular el influjo de la Reforma Universitaria en su desarrollo. Muy útil es estudiar la decadencia del pensar positivista y la vigencia de otros pensares en el campo filosófico con un cierto aislamiento del pensar científico reducido a su propio marco, y como separado más y más de la realidad del país, a pesar de que se consolidaba científicamente en Instituciones, en Universidades, tanto por el número de investigadores como por el número de publicaciones.

5. Mucho más difícil pero no por eso menos urgente es el estudio del período 1956-1975, en sus diversas modalidades e influencias. Es necesario también hacerlo dentro de las pautas dadas anteriormente en particular en orden a poder ir bosquejando líneas de accionar científico nacional que miren al futuro.

6. Incluidos en estos análisis estructurales de los procesos históricos no deberían descuidarse los temas "clásicos" del proceso y evolución de las ideas científicas y de sus paradigmas producidos en el país, ni la historiografía de personalidades científicas destacadas (aunque debería rescatarse siempre el sentido comunitario de la investigación). Pero esto no es todo. Además deberían incluirse en la historia de la ciencia argentina temas "nuevos" como son los de una nueva comprensión de las ciencias de la naturaleza y del hombre en sus fundamentos epistemológicos desde una perspectiva del pueblo (tarea urgente e impostergable pero que lamentablemente se ve continuamente postergada porque nuestro tiempo se va en la explicitación —necesaria quizás sí, pero no suficiente— del pensamiento de un K. Popper o de un Carnap, con lo cual no podemos atinar siquiera a buscar un nuevo horizonte desde donde superarlos). Temas "nuevos" son también el de la organización de la ciencia en la Argentina (cfr. el tan mentado sistema de Ciencia y Técnica); el de los "recursos" para la investigación (¿nosotros los científicos tenemos plena conciencia que los dineros utilizados en la investigación son dinero del pueblo?); el de la ciencia "útil" o "inútil", sea básica, aplicada o de desa-

rollo, en un país como el nuestro (el dilema fundamental no es ciencia básica o aplicada, pues pocos podrán dudar de la importancia de la investigación básica del mal de Chagas y de la ineficacia de desarrollo de ciertos prototipos que no hacen a nuestra independencia tecnológica y a las necesidades reales del pueblo); el problema de la inserción de nuestra ciencia en el sistema productivo nacional (a veces nos da la impresión de que el país seguiría intacto si se suprimiera la investigación científica. ¿No es esto un síntoma de que nuestra ciencia no "pesa" en la Argentina real?). Temas "nuevos" a ser incluidos en la nueva historia de la ciencia argentina son también el de la política científica nacional (y la política científica no es equivalente a decir "pesos". Tenemos la sensación de que el problema de la ciencia argentina no es su presupuesto magro ni los medios de los que dispone, sino su falta orgánica de objetivos); el problema de la financiación externa y su correspondiente incardinación temática de ciertos proyectos de investigación (¿acaso no se dejan de estudiar problemas apremiantes que hace a la salud del pueblo como ser los de la higiene y profilaxis social en favor de otros problemas "apremiantes" en países del centro?); el problema de la investigación en las Universidades y de la estabilidad del personal científico, etc., etc.

Dejamos así planteados algunos problemas o temas —no todos— cuya investigación debe realizarse urgentemente de modo sistemático siguiendo la metodología y los principios enunciados arriba. Así tendremos una historia de la ciencia argentina no "ilustrada", una historia de la ciencia argentina comprometida con el mismo andar del pueblo porque es sólo en su horizonte que se constituye, se construye y se proyecta.